

En torno a la escuela española

HACE unos dos años dimos un eco en estas mismas páginas a la obra que Luis Bello venía realizando desde 1924 en favor de la escuela española. Ya en 1926 podía destacarse la trascendencia lograda por el infatigable trabajo del periodista, y era su iniciativa en marcha un acontecimiento como ninguno fértil y ejemplar dentro de España y fuera de ella.

Aun cuando dicha obra no ha terminado al cabo de cuatro años, nos induce a hablar de ella nuevamente la consagración y el homenaje de que acaba de hacerla objeto la unanimidad de la opinión española. Para aquilatar la importancia de este acontecimiento, valga recordar que en setiembre de 1924 un periodista publicó en «El Sol» de Madrid el primer artículo sobre las escuelitas rurales. Continuó visitando escuelas y destinando a cada visita uno o más artículos. Así lo hizo con las de lo que llamó «el cerco de Madrid». Luego salió de este cerco y siguió por todos los caminos de España. Aparte de la fe y la perseverancia que Luis Bello ha puesto en su trabajo, lo sintomático es que el gran público español lo haya seguido con un interés creciente, hasta el punto de que han acabado por identificarse la voluntad española y la campaña de Luis Bello.

Póngase el caso en alguno de nuestros países, donde la precipitación y la pereza están constantemente negando su madurez a toda cosa, y se comprenderá que, por muy egregio periodista que sea Luis Bello, su insistencia cotidiana en la prensa se habría ahogado entre el fastidio del lector. Este lector no sólo es inapto para la atención larga sino también insensible a los asuntos trascendentes o vitales de la cultura. Quiere salir

luego de las preocupaciones, cuando las tiene. No ahonda y no le inquieta el que resulten a la postre malamente resueltas. Tal es también su ambiente, y toda la prensa se encarga de confirmarlo en sus páginas. Es así como nuestro público está perfectamente informado de cuántas veces el príncipe de Gales se ha caído de su caballo, e ignora que un pueblo, tan vinculado a nosotros y a nuestro destino como España, se encuentra hoy poseído de una de las efusiones más augurales y más puras de su historia. Es cierto que hay escasas noticias de España, mas, para el caso, vale no olvidar que las ha habido bastantes del desistimiento matrimonial de Primo de Rivera.

La campaña de Luis Bello y su éxito, que fuera imposible sin la contribución entusiasta de un pueblo, es una de las comprobaciones más optimistas a que hayamos asistido en mucho tiempo cuantos sentimos repercutir íntimamente las vicisitudes y los fastos de la madre patria. Todos sabíamos que contaba ella con hombres de exquisita pasta, fuertes de alma y dotados, como los mejores de Europa, por la disciplina y la inteligencia. Otros pueblos los tienen también y no faltan en nuestra América, pero en España estaban preocupados unánimemente en los problemas de su raza, trabajando con fe religiosa en salvar su destino.

Faltaba saber lo decisivo, es decir, si tras ellos existía una nación sensible y atenta, capaz asimismo de emocionarse por sus problemas y su porvenir. Contra esta esperanza pudiera alzarse el tópico, ya añejo, por cierto, de la insensibilidad española, la ausencia de una España genuina a lo largo de un extenso período de historia en que sólo son visibles al mundo, por un lado, una mera fórmula oficial y, por otro, algunos profetas desesperados y desoídos. Pero hacia ella han tendido la suma de sus esfuerzos los hombres mejores, entre cuyas filas del presente es preciso contar a Luis Bello. José Ortega y Gasset, otro egregio militante, lo declaraba en las palabras que preceden a sus «Meditaciones del Quijote»: «Así nosotros. Habiendo negado una España, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra. Esta empresa de honor no nos deja vivir.

Por eso, si se penetrara hasta las más íntimas y personales meditaciones nuestras, se nos sorprendería haciendo con los más humildes rayicos de nuestra alma experimentos de una nueva España.

Y he aquí que a un periodista le ocurre tocar, con la confianza de Moisés, la piedra fundamental de esa España prevista y anhelada, y ve que suscita anchas corrientes de interés y de cooperación y que su patria acaba poniéndose de pie.

Esa piedra fundamental, por todos reconocida y de todos olvidada, es la escuela, la escuelita de minúscula significación para tantos dirigentes, que si no la desdeñan obran como si la desdeñasen, puesto que yace abandonada, con sus muros agrietados, oscura y miserable. Hubo tiempos de general declamación en favor de ella. Se la reconoció como resorte de todo mejoramiento social y político. La trama de todos los problemas comenzaba en la escuela. Pero siguió siendo lo que fué, negada de recursos, exigua y ruinosa materialmente y también, a veces, espiritualmente.

La trascendencia universal de la escuela es ya una verdad tan evidente como la pesantez. Su abandono constituye una atroz incongruencia. Así fué como Luis Bello acudió en apelación a su pueblo y fué, de ciudad en ciudad, de villorrio en villorrio, tomando cada escuelita y exhibiéndola en sus menudos y graves detalles a la vista de todos los españoles, haciendo hablar a los maestros, a los padres de familia, a los niños. En esta labor lleva ya cuatro años y le resta por hacer otro tanto. Los frutos inmediatos alcanzan ahora un valor incalculable, como que en ello se puso a trabajar toda la nación. Luis Bello desató energías e iniciativas, y la escuela empezó a ganar por el esfuerzo común desde el día en que publicó su primer artículo.

Una recompensa nacional ha sorprendido a Luis Bello en medio de su tarea. Cuando se hallaba fuera de Madrid, en una de sus visitas de escuelas, «El Sol» aparece con un artículo de Luis Araquistain, en que se refleja la gratitud de muchos buenos españoles y se insinúa el deber de un homenaje más sus-

lancioso que el mero banquete, reservado más cada día para motivos mínimos; un homenaje proporcionado a la magnitud de la empresa que lo requiere. Araquistain dice que, al abrir el periódico, todas las mañanas se pregunta: ¿será hoy?: «Mas pasan—dice—los días, las semanas y los meses, y no me traen el anuncio del homenaje que espero y que seguramente esperan conmigo muchos millares de españoles: los maestros, porque en nuestro país nadie ha puesto en el conocimiento directo, visual, de la enseñanza, de sus buenas ejemplaridades y de sus lamentables deficiencias un esfuerzo tan amoroso, tan tenaz y tan desinteresado como el hombre en que pienso, auténtico Don Quijote de la Escuela, parecido al hidalgo manchego hasta por su traza física; los padres de familia, porque tanto tesón para levantar el nivel de la escuela española no tiene otro objeto último que preparar mejor la niñez para la vida; los periodistas, porque la campaña a que aludo es una de las que más enaltecen a nuestra profesión, revelando que también el periodismo sabe ejercer un puro y eficaz magisterio y que es sensible como pocas profesiones a una de las necesidades más vitales de la nación, como es la enseñanza pública, y cuantos, en fin, comprenden que la escuela es el alfa y la omega en el desenvolvimiento espiritual y material de un pueblo».

Difícilmente se hallaría otro caso en que una iniciativa lanzada desde un periódico encontrase repercusión más inmediata y vasta en todo un país de la extensión de España. Una de las características más interesantes de la cruzada en favor de la escuela consiste en que pronto sumaron a ella su atención y sus fuerzas todos los periódicos españoles, sin que fueran obstáculo las diferencias doctrinarias o las rivalidades que en otras partes conducen a unos diarios a menospreciar o silenciar las acciones meritorias de los demás, por muy altas y patrióticas que sean. Lo mismo ocurrió con la proposición de Luis Araquistain, y así como la empresa de Bello había trascendido de la columna periodística para asumir las proporciones de un movimiento nacional, el homenaje a Bello era a los pocos días una resolución de toda España, proclamada por los periódicos y

confirmada por la adhesión entusiasta de innumerables colectividades e individuos. A poco se constituía en Madrid una comisión organizadora del homenaje, formada por elementos representativos aun de las más opuestas corrientes y presidida por don José Francos Rodríguez. Asistieron a esa primera reunión hombres como Menéndez Pidal, Benavente, Araquistain y Palacios Valdés, y los presidentes de la Asociación Nacional de Maestros, de la Asociación de Maestros de Madrid, de la Asociación de Maestros Católicos y de muchas otras instituciones de profesores, alumnos y periodistas.

Fuera de los detalles concernientes a la realización del homenaje, se aceptó como idea fundamental de él la construcción y obsequio de una casa en la forma y condiciones que de la suscripción resultaren. Además se resolvió solicitar del Estado, única ocurrencia que se ha hecho a él en toda la campaña, que se diese el nombre de Luis Bello al primer grupo escolar que fuese terminado.

Y comenzaron en todas partes las listas de erogantes, encabezada la primera de todas por la Asociación de la Prensa con la cuota más alta. Enrique Díez Canedo, en una correspondencia para «La Nación» de Buenos Aires, a la que debemos recurrir, como a los diarios de España, para informarnos de la empresa de Luis Bello y de su resonancia en la Península, ya que el cable no le ha dado la atención que concede a las peleas de Uzcudún, dice que en las listas de suscripción hay dádivas muy exiguas al lado de las más consistentes y que las primeras, por ser las más significativas, dan la medida del éxito de la obra emprendida por Bello. Pero hay notas todavía más expresivas; arquitectos, constructores, albañiles, carpinteros, estucadores, obreros de todas las ramas de la construcción han solicitado entusiastamente un sitio, como su aporte, en la construcción de la casa del periodista.

La verdad es que la proyectada casa de Luis Bello tendrá un ladrillo de cada ciudadano español y va a constituir, sin ninguna exageración, un monumento nacional, el más profundo y simbólico de todos, porque en vez de representar el pasado

y sus límites irreparables, indicará un porvenir al que España se prepara con los aprestos máximos: la voluntad despierta de sus hijos en las causas ideales y la exaltación de la escuela.

Pero la materia de este acontecimiento es demasiado vasta para sentirla agotada en un breve espacio, y esperamos volver sobre ella.

RAFAEL CABRERA MENDEZ.